

JOAQUÍN ARTILES: UNA AUTORIDAD LITERARIA

Maximiano Trapero

Catedrático de Filología Española
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Joaquín Artiles murió el 15 de diciembre de 1992. Unos años antes, el alcalde de Agüimes, pueblo natural de don Joaquín, Antonio Morales, un hombre sensible y amante de la cultura, que empezaba una andadura en la alcaldía de su Villa que habría de prolongarse por varios mandatos electorales, le propuso publicar una antología de su obra crítica. Don Joaquín, ya con pocas fuerzas y, sobre todo, con muy poca vista, se lo agradeció mucho y le dijo que vería qué podía hacer. Llegó después su muerte y nadie supo más del encargo. Hasta que con motivo de la presentación de la segunda edición de su libro de poemas *El perfil de la sangre* (noviembre de 2004), Agustina Rodríguez Artiles, la sobrina que siempre había cuidado a don Joaquín, le dijo a Antonio Morales que su tío había dejado una carpeta de papeles preparada para la imprenta. Lo que había dentro era justamente lo que el alcalde Antonio Morales había encargado a don Joaquín: una colección de textos críticos sobre literatura. Exactamente lo que aquí se publica.

El libro lo dejó don Joaquín perfectamente armado, con su título general y los títulos particulares de los textos seleccionados, la distribución de éstos en tres partes, con sus portadillas correspondientes, el apéndice bibliográfico y el índice general. Los textos reunidos habían sido todos ellos previamente publicados, aunque en lugares muy dispares: en libros, en revistas especializadas, como prólogo a otros libros, en la prensa local, etc. Y pertenecían también a tiempos, temas y autores muy diferentes, razón por la que todos ellos recibieron de su autor una acomodación al lugar en que ahora iban a aparecer, mediante una entradilla o un cambio ligero del título originario.

En esta antología se juntan ensayos y críticas de toda una vida dedicada al estudio y a la enseñanza de la literatura española, en general, y canaria, en particular. Esas dos actividades de Joaquín Artiles, que marcaron toda su vida, que fueron sus actividades vitales más íntimas (aparte su sacerdocio y su gestión en la educación como Inspector de Enseñanza Secundaria, que fueron sus actividades más notorias y públicas), se ven bien reflejadas en esta antología: por una parte, el conjunto de ensayos y estudios críticos sobre autores, obras, géneros y épocas de la literatura española (Berceo, el mester de clerecía, la *Celestina*, las *endechas* a Guillén Peraza, la poesía de la primera época del barroco canario, la del modernismo, etc.), que constituyen el cuerpo mayor del libro; por otra, un conjunto de textos menores (en extensión y en pretensiones eruditas) que versan sobre sus propias impresiones poéticas y experiencias vitales, siempre relacionadas con la literatura: relato de su viaje al pueblo de Berceo, la anécdota de su primer «encuentro» con la poesía de Tomás Morales, el comentario a un libro de poesía aparecido en el momento, los textos de algunas de sus conferencias pronunciadas, etc.

No está aquí todo lo publicado por Joaquín Artiles, ni mucho menos, pero sí lo más significativo. La selección que él mismo hizo puede considerarse como aquello que más le satisfacía, lo que creía más acertado y definitivo, lo que podría vencer el paso del tiempo: el testimonio de su quehacer crítico literario.

Y así es, en nuestra opinión. El conjunto de textos que aquí se publica es una magnífica antología del pensamiento crítico y literario de Joaquín Artilles. Un libro de excelente crítica literaria, en donde se juntan erudición verdadera, talento interpretativo y un amor profundo a la poesía. Porque, en efecto, la selección hecha por Joaquín Artilles sobre su propia obra crítica de toda una vida se centra aquí especialmente en la poesía, y en ello creemos que ha tenido que ver, sin duda, el hecho de ser él mismo poeta. Algo así como si quisiera dejar como testimonio último de su labor investigadora aquel referido a la manifestación literaria de la que él más cerca se sentía, la que mejor comprendía y la que más amaba.

La mirada crítica de Joaquín Artilles se posó sobre todo lo que fuera «literatura» hecha en lengua española, sin que nada se excluyera a su mirada y a su opinión, desde Berceo hasta los poetas de los «ismos» más recientes. Pero dos temas fueron para él especialmente queridos y frecuentados, y en los que se convirtió en verdadera «autoridad» nacional: el mester de clerecía en la Edad Media y la literatura canaria de todos los tiempos, desde las endechas hasta los poetas actuales. Y de ahí el título ajustadísimo de su libro *Glosas del ayer y de hoy*.

Fue Joaquín Artilles un conocedor profundo de la historia de la literatura, que supo discernir con nitidez las etapas y los movimientos que la conforman, poniendo a cada autor en su lugar, justo en el momento y en el género de los que su obra es testimonio, y así puede decir de cada uno las características esenciales de su estilo, lo que le hace ser autor de una época y de un movimiento. Así empiezan todos sus estudios, deslindando características y estilos de época. Tómese para comprobarlo cualquiera de ellos: el de Berceo, el de Cairasco, el de Tomás Morales o el de Justo Jorge Padrón. Tiene primero una visión panorámica del conjunto y pone después a cada autor en su sitio, en el lugar en que su obra le hace estar.

De ahí que la opinión literaria de Joaquín Artilles sea siempre la de una verdadera «autoridad». De la máxima autoridad. Resultado de unas lecturas muy atentas, de estudios muy detenidos y de un conocimiento amplio y profundo de la literatura y de la poética. De la literatura antigua y de la actual. No resulta por ello irrelevante el hecho de que Joaquín Artilles fuera el primer autor canario que publicara en Gredos, sin duda la editorial más prestigiosa de España y de Hispanoamérica en temas filológicos y literarios, y no uno solo, sino dos de sus libros: el de Berceo (que, además, ha tenido dos ediciones: 1964 y 1968) y el *Libro de Apolonio* (1976).

Sobre la obra crítica de Joaquín Artilles se ha escrito ya mucho y, además, por muy buenas plumas, del máximo nivel, tanto dentro del ámbito regional canario como desde los ámbitos nacional e internacional del hispanismo, por lo que difícilmente puedo añadir yo algo nuevo. Me limitaré, pues, a dar una visión que para el lector que se adentre ahora en la lectura de estas páginas pueda ser prólogo -preámbulo, aviso- de lo que en ellas va a encontrar.

Excelentes y numerosísimas reseñas ha tenido la obra investigadora de Joaquín Artilles, como puede comprobarse en el apéndice bibliográfico del final del libro, y por mano de los mejores críticos de la filología hispánica, como Dámaso Alonso, José Manuel Blecua, Alan Deyermond, Brian Button o Emilio Orozco. Un juicio calificativo nos parece a nosotros definitivo: el de Daniel Devoto (tan poco dado a los elogios, y sí, por el contrario, a la crítica desmerecedora), referida al trabajo de Joaquín Artilles sobre Berceo, y que nosotros extendemos a toda su obra, y que de manera particular es de aplicación exacta para la antología que ahora publicamos: «La impresión total que deja este libro es la de un gran amor expresado a través de un gran trabajo: trabajo grande en volumen y en conciencia de ejecución».

Nosotros añadiríamos un tercer elemento: el rigor. Amor, trabajo y rigor son, pues, las divisas que marcan la obra investigadora de Joaquín Artilles. Como creo que marcan la vida entera de

este hombre verdaderamente ejemplar. Y además, como añadidura, la de la excelente prosa con que escribe, una escritura que tiene eso que se llama «voluntad de estilo», en el caso de Joaquín Artilles coincidente con el estilo de los clásicos, el de una prosa selecta, culta, dirigida por el buen gusto. Es, sí, una escritura propia de la investigación, precisa y llena de datos, incluso de terminología especializada, pero dirigida siempre por un propósito didáctico y enriquecida por un repertorio inagotable de recursos literarios de quien posee, a su vez, el don de la palabra poética. Así cuando describe el vaivén de las expresiones de Berceo como «un columpio de palabras» blandamente dichas; así cuando describe la Universidad Pontificia de Canarias, donde él estudió, «con su alto prestigio de muros, de clausura y de latines»; así cuando pondera, con estilo cervantino, el libro que Ignacio Quintana escribió sobre la Virgen del Pino como «rico de noticias, abundoso en novedades, fecundo en sorpresas y primoroso de estilo»; y así, en fin, cuando describe el verso de los primeros cantares de gesta, «libre e indómito, con un balanceo de hemistiquios, con un ritmo elástico, de tira y encoge, irregular, anisosilábico. En el principio fue la libertad».

Debo confesar que para mí la lectura de este libro (leído en originales mecanografiados) ha significado un «descubrimiento». No había sabido yo antes valorar en su verdadera dimensión las aportaciones de Joaquín Artilles a la literatura canaria, y española en general, la hondura de su pensamiento, la magnitud de sus conocimientos, la autoridad de su crítica. He descubierto al mejor Joaquín Artilles en este libro. Tenía yo antes una idea muy imperfecta de su verdadera categoría, obviamente por culpa mía, por no haberlo leído como merecía. Y me ha enriquecido mucho. De ahí que, para mí, el nombre de Joaquín Artilles deba figurar en el frontispicio de la crítica literaria de Canarias y en lugares muy destacados de la crítica literaria española en lo referido a la Edad Media y al primer Renacimiento.

No conocí yo a don Joaquín Artilles sino casi al final de su vida, cuando ya vivía casi del todo recluido en su casa de Ciudad Jardín, y entregado por entero a «sus cosas», que no fueron otras que la literatura, la de investigación y de crítica y la de creación propia. Pero tuve con él algunos encuentros muy provechosos desde el punto de vista intelectual, y de ellos nacieron una buena amistad mutua, una atención por su parte a mi labor investigadora sobre el romancero canario, y una admiración y un respecto sinceros por mi parte hacia aquel hombre tan serio y tan austero, que hablaba como un libro, mejor incluso que los libros, pausadamente, con rigor léxico y semántico, y elegantemente.

En el período en que preparaba la edición de este libro, quise conocer la opinión y la memoria que quedaba sobre Joaquín Artilles preguntando a varias personas de mi entorno, de ocupaciones muy diversas: sacerdotes, profesores, médicos, periodistas, amigos... La respuesta de todos ha sido unánime: magnífica, sin un solo pero.

Joaquín Artilles fue un sabio. Un hombre ilustrado. Por sus gustos, por su concepción de la literatura, por la literatura que él mismo practicaba. Austero en su vida privada como un monje, pero señor y aristócrata en sus gustos y dedicación intelectual. Liberal en los gustos literarios, pero conservador en sus postulados sociales. Y más conservador aún en sus hábitos (y no sólo en los clericales). Hablaba como escribía: como un clásico. En su conversación había también literatura, pero no afectada, sino llena de propiedad, gramaticalmente correcta, al servicio de un pensamiento bien definido que iba degranándose al ritmo lento y bien construido de su palabra bien dicha. «En la vida -le confesó en una entrevista a Emilio González Déniz- y en la obra de creación, debe predominar el pensamiento: todo texto debe estar guiado por un pensamiento bien definido, y previamente bien meditado». Hombre serio que «desde pronto y para siempre / me tomé la vida en serio», dice de sí mismo Joaquín Artilles en unos versos de *El perfil de la sangre*.

Sus conferencias eran todas lo que suele decirse «magistrales», hablara de lo que hablara, tanto de literatura como de educación como de cualquier aspecto relacionado con la dimensión cultural de la sociedad, como me recuerda Carlos Gallinar, quien conoció a Joaquín Artilés en la conferencia que éste dio al inaugurar el Instituto de Agüimes que llevaría su nombre, y del que Carlos era profesor de Matemáticas. Impactaba por su saber, por la estructuración de los contenidos de los que hablaba, por su buen decir, por el entusiasmo que transmitía a todos.

Como Profesor de Historia de la Literatura, que lo fue durante muchos años, con el título de Catedrático, el médico otorrino Ángel Casañas, me comentó: «Era un gran profesor, y eso que yo no estaba especialmente inclinado a las letras. Fue el mejor profesor que tuve en todo el bachillerato: te hacía amar la literatura aunque no te gustara, por la pasión y claridad que ponía en sus explicaciones». Y todos me comentan el enorme respeto que se tenía a don Joaquín en el Instituto, y hasta un cierto temor cuando entraba en clase. Pero era después un profesor afable, respetuoso, comprensivo, y muy generoso en las calificaciones.

Fue Catedrático de Literatura de Instituto, por oposición, pero eso porque entonces no había Universidad en Las Palmas; de haberla habido, don Joaquín Artilés hubiera sido un eminente profesor de Universidad, y su obra investigadora hubiera alcanzado cotas aún mayores, sin duda. Porque hay que tener en cuenta que investigar en soledad, y más en un ambiente como el que ofrecía una ciudad como Las Palmas de los años 50 y 60, falta de toda infraestructura universitaria, en que la mínima bibliografía específica había que ir a buscarla inexcusablemente fuera de la isla, tiene mucho de abnegación y de heroicidad.

Y como Inspector de Enseñanza Media del Distrito Universitario de Canarias hizo una inmensa labor. Gracias a él «se llenaron las islas de Institutos», me comenta Cristóbal García Blairsy. La provincia de Las Palmas llegó a ser en su tiempo la provincia española con mayor número de Institutos, en relación a su demografía. Y no sólo en las capitales, sino en los pueblos de las islas, incluyendo las de Lanzarote y Fuerteventura. Alfonso Armas comentó una vez, en plan jocoso, pero con inmenso respeto y reconocimiento: «Como don Joaquín, como es obvio, no pudo tener hijos se dedicó a hacer institutos».

Y respecto a su condición sacerdotal, me dicen quienes lo conocieron de cerca en esa faceta que fue igualmente ejemplar. Puede que desde la jerarquía eclesiástica de la Diócesis no se reconociera la enorme valía de su talla intelectual, y por ello vivió un poco apartado de ella. Pero él llevó durante toda su vida su condición de sacerdote hasta el final, tanto por dentro como fuera. Por fuera, vestido hasta su muerte de sotana. Y por sus obras lo fue también, y en grado sumo, dedicándose en cuerpo y alma a los demás, en su caso en la tarea nobilísima de la educación y de la cultura, como profesor, como Inspector de Enseñanzas Medias y como investigador.

Queda otra faceta de la rica personalidad de Joaquín Artilés sin comentar, la del creador. Un solo libro de poemas dejó escrito: *El perfil de la sangre*, publicado en 1992, unos meses antes de su muerte, y cuya segunda edición ha vuelto a publicar recientemente el Ayuntamiento de Agüimes (2004). De este libro ha hecho Guillermo García Alcalde una aguda lectura e interpretación. El que un autor, dedicado durante toda su vida al estudio y al análisis de la literatura de los demás, decida publicar sus propios versos al final de sus días, con 89 años, es «una modélica prueba de vocación», la constatación fehaciente de que la obra crítica de Joaquín Artilés estuvo inspirada siempre por su propia condición de poeta. Con ello -dice García Alcalde-, Joaquín Artilés «cumplió la condición ideal del poeta: recogerse en la vida contemplativa y científica y realizar la unión del arte y la ciencia», es decir, unir «la emoción y el concepto, el calor del sentir penetrando el saber objetivo».

Y además de todo eso, fue don Joaquín Decano del Colegio de Doctores y Licenciados de Las Palmas y Presidente del Patronato del Colegio Universitario de Las Palmas, institución que fue el primer paso para la consecución de la Universidad plena de Las Palmas de Gran Canaria. A nivel nacional, por sus méritos docentes, se le concedió la Cruz Distinguida de Primera Clase de San Raimundo de Peñafort y las Encomiendas de la Orden de África y de Alfonso X el Sabio. A nivel insular se le nombró Hijo Predilecto de la provincia de Las Palmas, y a nivel local, Hijo Predilecto de la Villa de Agüimes, su pueblo natal. En Agüimes, además, el nombre de Joaquín Artiles figura en el frontis del Instituto de Bachillerato, lo tiene también la Biblioteca Pública Municipal y con él se nombra una de las nuevas calles de la Villa, justo en la que se ahora está el Ayuntamiento. Pueden parecer muchos los títulos y distinciones concedidos a don Joaquín Artiles, pero nosotros echamos en falta uno que mereció con creces: el Premio Canarias de Literatura que el Gobierno de Canarias debió concederle en vida, y antes que a otros que lo obtuvieron por aquellos años.

Este libro que ahora se publica lo dejó muy bien «armado» su autor, como ya apuntamos. Nosotros lo hemos respetado escrupulosamente, salvo en las mínimas intervenciones que a continuación comentamos.

- a) Corregimos el título de *Glosas de ayer y hoy* que don Joaquín dejó escrito, y que podría interpretarse como del ayer y del hoy del propio autor, por el de *Glosas del ayer y de hoy*, que precisa mejor y más exactamente lo que en el libro hay: un conjunto de estudios literarios del ayer (Edad Media y Renacimiento) y de la actualidad. Y dejamos el mismo subtítulo de *Estudios literarios*, que precisa el contenido de las glosas.
- b) Subsanamos las fallas de texto que aparecían en los márgenes lateral derecho e inferior de varios de los folios mecanografiados y fotocopiados que dejó don Joaquín a partir de las versiones publicadas correspondientes.
- c) Quitamos las fechas de nacimiento y muerte de los autores de los títulos correspondientes, cuando aparecían, y las reflejamos en una nota de pie de página al comienzo de cada capítulo.
- d) Igualmente, en esa misma nota de editor a pie de página, damos noticia de la procedencia de cada texto y de la referencia bibliográfica en que fue publicado.
- e) Compensamos el desequilibrio de capítulos que había entre la segunda y la tercera parte, pasando a la tercera aquellos textos que don Joaquín había ubicado en la segunda y que, a nuestro parecer, concuerdan en el propósito y en las dimensiones con los que él mismo destinó a la tercera parte: son textos breves, que nacieron todos ellos «de una circunstancia» particular (la crítica a un libro concreto aparecido, el artículo periodístico sobre el estilo de un autor, las palabras pronunciadas en un homenaje, etc.), referidos cuando los escribió a autores vivos en pleno proceso creador. Es el caso de los textos referidos a José Cabrera Vélez, Néstor Álamo, Domingo Velázquez, José Miguel Alzola, Sebastián de la Nuez, Cipriano Acosta, Manuel González Sosa, Eugenio Padorno, Justo Jorge Padrón y Marcos Martín Artiles. De esta manera, el libro queda configurado en tres partes bien definidas en cuanto a la temática y épocas literarias estudiadas y con mayor homogeneidad respecto al número de textos de cada una de ellas. De la manera siguiente:

La PRIMERA PARTE reúne 12 trabajos referidos a la literatura medieval española, centrados en

la obra de Berceo y el mester de clerecía, y dentro de éste, en el *Libro de Apolonio*, con dos «apéndices» de la época renacentista, centrado uno en el espinoso tema de la autoría de *La Celestina* y el otro en la poesía de San Juan de la Cruz. Son estudios todos ellos de mucha erudición y algunos de notables dimensiones, fruto de un intenso y minuciosísimo trabajo sobre los textos de referencia, extraídos de sus dos libros más nombrados, los publicados por la editorial Gredos, los que le valieron a Joaquín Artilles el reconocimiento de la crítica más especializada y autorizada de nivel nacional e internacional: los dedicados a Berceo y al *Libro de Apolonio*. De ellos se dice que son «imprescindibles», «ejemplares», «fundamentales» para entender la poética del mester de clerecía, y «los primeros» que se basan en el estudio positivo de los textos, en la identificación de los recursos literarios utilizados, en el análisis de la métrica, en el lenguaje simbólico de la época. Justamente por ser de los primeros, estos estudios de Joaquín Artilles se han convertido en bibliografía de imprescindible referencia, incluso en una época como la actual en donde la filología y la crítica literaria han hecho avances definitivos en el conocimiento de aquellas épocas tan remotas, con multitud de ensayos, de estudios y de ediciones de sus obras, muy al contrario del panorama del que hubo de partir Joaquín Artilles, escaso casi hasta el páramo de bibliografía especializada.

La SEGUNDA PARTE reúne 16 estudios referidos todos ellos a la literatura canaria, desde las endechas y el romancero tradicional hasta los poetas de la primera generación de la posguerra (Agustín y José María Millares y Pedro Lezcano). La mayor parte de estos estudios proceden de su *Historia de la literatura canaria*, acomodados e individualizados aquí por autores o por «temas» (tales como «la épica renacentista» o «los poetas mayores a comienzos del siglo XX») y globalizados allí por capítulos más generales. Y están todos ellos, salvo el de los abuelos maternos de Galdós, dedicados a la poesía, el género de la literatura canaria que mejor conocía Joaquín Artilles. En su conjunto, constituyen una especie de guía segura para adentrarse en el panorama de la historia de la poesía canaria, con sus límites y con las limitaciones propias de la época en que fueron escritos, pero, en cualquier caso, la mejor introducción que pueda recomendarse hoy sobre la literatura canaria. Ha de tenerse en cuenta, por ejemplo, que para el estudio que hace Joaquín Artilles de las *Antigüedades* de Viana ha de utilizar la vieja y muy imperfecta edición de Rodríguez Moure (de 1905), pues la siguiente y mucho mejor de Cioranescu no aparecería hasta 1968-71, y la que nosotros consideramos definitiva de María Rosa Alonso no vería la luz hasta 1991. Podrán señalarse ciertas carencias en estos estudios, pero no podrá quitárseles el honor de ser pioneros, con todo lo que ello significa. En este aspecto, creemos advertir modernamente un cierto distanciamiento de la investigación literaria canaria de la bibliografía de Joaquín Artilles, como si estuviera ya superada, cuando su nombre sigue apareciendo en las bibliografías nacionales más autorizadas sobre los temas en que Joaquín Artilles investigó. Injusto olvido y grave desvío de la crítica moderna, en nuestra opinión.

TERCERA PARTE. Los 15 textos que se reúnen en esta tercera parte forman una especie de «silva de varia lección», con formatos bien diferentes, sobre temas también distintos, pero surgidos todos ellos de «circunstancias» ocasionales. Son generalmente textos breves y que fueron en su mayoría publicados en la prensa local. Los hay que sirvieron de homenaje a relevantes personas de la vida local, como los dedicados a don Manuel Socorro con motivo de su jubilación o a Ignacio Quintana en su óbito; hay otros que son reseña crítica de un libro recién publicado, como los dedicados a *Los caminos* de Domingo Velázquez, a *Metamorfosis* de Eugenio Padorno, a *Pleitesía desfavorida* de Marcos Martín Artilles o a los cinco últimos libros publicados (desde *Los oscuros fuegos*, de 1971, hasta *Otesnita*, de 1979, más los *Poemas* de 1980) de Justo Jorge Padrón; hay otros que son comentario de la personalidad literaria de autores como Néstor Álamo, Cipriano Acosta, Antonio de la Nuez o José Miguel Alzola; y hay uno que resulta el más «ajeno» a este libro (ni de literatura española ni de autor canario), el referido al

Premio Novel Odysseas Elytis, que sirve de pretexto para mostrar el conocimiento que Joaquín Artilles tenía de la literatura griega del momento (y posiblemente también de su lengua). Los dos últimos estudios, referidos a la evolución del verso en la historia de la literatura española y al retrato literario contemporáneo, son perfectos ejemplos de la obra crítica total de Joaquín Artilles: erudición, pensamiento propio, originalidad y elegante prosa, sintética y hermosa, clásica, magistral, es decir: la voz de un maestro.

APÉNDICE BIBLIOGRÁFICO. Finalmente, en apéndice, se da cuenta de tres aspectos bibliográficos de la obra de Joaquín Artilles:

- a) el de su propia bibliografía científica,
- b) el comentario crítico que han merecido las principales obras de nuestro autor, y
- c) la relación bibliográfica completa de la crítica referida a la obra también completa de Joaquín Artilles.

EPÍLOGO. Un nuevo apartado añadimos nosotros a los cuatro anteriores diseñados por el autor: un epílogo con un poema del propio Joaquín Artilles, como testimonio último de su pensamiento (cristiano y humano) y de su creación literaria. Se titula *Morir sin ruido* y fue su último poema. Lo escribió en vísperas de su muerte, con mano temblorosa, apenas legible, oyendo ya cercana la trompeta, en el momento decisivo de llamar a las cosas por su nombre, sintiéndose humano en las miserias del mortal y criatura blanca en la esperanza de quien cree en la eternidad:

Pon sordina en mi queja
y abrevia los quejidos que me quedan,
porque es mucho el dolor de este desgarró
y no es poca la suerte que me espera.

El poema fue cedido por el hermano de don Joaquín, Vicente Artilles, al periódico *Canarias 7* de Las Palmas, quien lo publicó al día siguiente de su muerte en forma facsimilar, de donde lo tomamos, ofreciendo nosotros ahora la transcripción y edición en letra de imprenta. Un sobrecogedor poema de verdad humana, de hondura de fe, de esperanza infinita:

Yo quisiera, Señor, poder dormirme
en tu paz y en tu gracia
sin ruido y a hurtadillas,
sin trauma y sin alarma.

Y no, Señor, de noche,
¡no quiero entrar sin luz en tu morada!

Joaquín Artilles vivió toda su vida con el título de Don. Se lo daban invariablemente todos los que se referían a él: «Don Joaquín» o «Don Joaquín Artilles», tanto fuera por su condición de sacerdote, a la que según en el tratado de cortesía social que entonces regía le correspondía desde el momento mismo de serlo, como por la categoría y autoridad que llegó a tener en la vida social de Las Palmas en la que vivió Joaquín Artilles. Las normas sociales han cambiado mucho desde entonces, y las formas de tratamiento se han hecho igualitarias en la actualidad, sobre todo en la ciudad, apeando los «dones», los «señores» y cualesquiera otro tratamiento de distinción. Ya no se usa el «don», es cierto, pero Joaquín Artilles sigue teniéndolo en propiedad. Y todos, incluso en el ámbito familiar, y en todos los estilos de habla, incluso en el coloquial, nos referimos a Joaquín Artilles anteponiéndole el don. Uno de los últimos «Don» que, con plenitud de significado, ha tenido Canarias.